



Jean Meslier y su crítica al Estado político-religioso

Javier Márquez Gutiérrez*

Resumen

A decir del autor, Jean Meslier es un autor poco conocido. Es un crítico del sistema político y religioso del siglo XVIII. Mal comprendido por Voltaire, podemos decir que incluso es más crítico que este autor. Su posición contra la religión y la política se adelanta a su época, proponiendo nuevas maneras de gobernar (un estado ateo socialista) y quitando a la religión de por medio. Este autor fue traducido al español en los años sesenta del siglo XX; sin embargo, no ha tenido aceptación alguna en la historia de la filosofía política universal.

Palabras clave: filosofía, pensamiento político, Jean Meslier, religión, gobierno

Abstract

According to the author, Jean Meslier is an unknown philosopher. He is a critic of the political and religious system of the eighteenth century. Misunderstood by Voltaire we can say is even more critic than him. His position on religion and politics is ahead of its time, offering new ways of governing (a socialist atheist state) and removing the religion involved. This author was translated into Spanish in the sixties of the twentieth century, however, he has not had any acceptance in the history of universal political philosophy.

Keywords: philosophy, political thought, Jean Meslier, religion, government

Introducción

Muy poco o casi nada se conoce de la filosofía política de Jean Meslier. Este autor es citado por Voltaire y en pocas líneas es borrado del panorama filosófico: es considerado como un autor ingenuo y blasfemo. Por su parte, Fraile opina en su *Historia de la filosofía*, que Meslier es un hereje. Meslier nace en Francia en 1660 y muere en el año de 1733. Menene Gras Balaguer realiza una introducción al libro de Meslier llamado *Crítica de la Religión y el Estado*, producto de una selección de los escritos que forman parte de su testamento sobre crítica filosófica y teológica. Proviene de una familia rural, fue destinado al estudio eclesiástico por mandato

* Doctor en Lingüística por la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH). Profesor de Tiempo Completo en la Universidad Pedagógica Nacional, Unidad Oriente.

familiar, caso usual en aquella época. Ingresó al seminario de Reims en 1684, fue nombrado subdiácono en 1687 y se ordenó sacerdote en el año de 1688. Fue nombrado párroco de una iglesia en Estrepigny en 1689 y estuvo al mando de ella hasta el final de su vida. Su trabajo filosófico se desarrolló dejando de lado los acontecimientos que se dan durante su vida, “en contraste con la obra que legó en forma de testamento”.

Al parecer Meslier nunca expresó públicamente su pensamiento político, sino poco antes de morir deja por escrito su visión de las cosas. Su sentir de la vida fue expresado en su iglesia y con sus feligreses. De algún modo la Iglesia le aportó conocimiento para sostener su ateísmo y sus fuertes críticas a la religión y al Estado. Consciente de los malos tratos hacia el campesinado, denunciaba las injusticias a través del púlpito en horas de misa. Quizá se le puede calificar de ser un cura modesto que nunca comunicó de manera externa su testimonio, sus convicciones y su ateísmo. Sin embargo, es probable que su silencio —dice Gras Balaguer— se debía a que era consciente de la persecución y represión de aquellas personas que se atrevían a denunciar la injusticia social. Esto es lo que justificaba su silencio.

Lo que dejó en testamento era lo que predicaba en su profesión como sacerdote. Lo que llama mucho la atención es que, siendo un sacerdote, empleara en su discurso un lenguaje que muy pocos hacían. Su discurso denunciaba y criticaba a los gobernantes y sacerdotes, los cuales se encontraban en complicidad para oprimir al pueblo. Las “lágrimas de los afligidos” y “la miseria de los pueblos” es producto de los “ricos malvados que le provocan repugnancia”. El origen de todos los males de la humanidad se deben a dos cosas: a la Iglesia (y eso incluye a cualquier religión) y al Estado político. Pero dejemos que Meslier hable:

aunque parezca que la religión y la política deberían ser tan contrarias y tan opuestas la una a la otra en sus principios y en sus máximas, no dejan de avenirse bastante bien juntas cuando una vez ambas han establecido alianza y han contraído amistad, pues puede decirse que al respecto se entiendan como dos rateros, ya que se defienden y se apoyan mutuamente la una a la otra.¹

Si la religión busca el bienestar del hombre y su felicidad, entonces su enemigo es el Estado que sólo lo explota; o si el Estado busca el bien del hombre y la religión, en consecuencia, son enemigos. Sin embargo, a lo

¹ Jean Meslier, *Crítica de la religión y del Estado*, Madrid, Editorial Alianza, Colección de Bolsillo, 1960, p. 33.



largo de la historia mundial, hemos visto que la religión y el Estado son cómplices.

La situación actual en la cual se encuentra el pueblo (en la miseria, en la explotación y la ignorancia) es producto de esas dos grandes instituciones, a saber: la Iglesia y el Estado. Estos únicamente han provocado lágrimas y miserias. Los políticos con sus leyes tiránicas y por acrecentar más su vanidad y poder, han creado grandes daños a la humanidad. Por otro lado, dice Meslier, la religión con sus jerarcas y con su aspiración a ser santos cometen los más grandes atropellos.

Aunque Meslier no es un autor sistemático podemos apreciar en su pensamiento lo que nosotros llamamos su “filosofía del poder”. Lo que ha movido a los hombres es el ejercicio del poder sobre otros hombres, sin importar la clase social y el sexo. El poder ha estado implícito en el hombre y dos grandes instituciones lo han llevado a su realización: la Iglesia y los gobernantes. Meslier es uno de los pocos autores filosóficos que le da mayor énfasis cuando hace una crítica sobre todo a la religión sin olvidar a la política. Son pocos los autores que han desatado esos cuestionamientos, como es el caso de Voltaire, Schopenhauer, Feuerbach, Marx, Bertrand Russell, entre otros.

No es Meslier el filósofo sistemático, como decíamos anteriormente, ni tampoco el creador de grandes teorías, ni de un pensamiento depurado como lo exige la tradición filosófica. Comparado con otros filósofos, resulta ser “pobre” en el aspecto teórico conceptual. Su colega el cura Aubry se expresa en un escrito sobre Meslier, que él era un cura incrédulo, sumiso a las voluntades de su padre. Ingresó al seminario de Reims sin tener ninguna vocación. Es de carácter “sombrio y flemático”. Fue “eclesiástico por coacción”, aunque era muy caritativo y buen sacerdote con sus feligreses. Aubry es más enfático cuando critica su obra por ser “abominable” su postura contra la religión.

Con lo que respecta a su obra, tiene un “estilo flojo y difuso”. Es una “declamación de las más exageradas y de las más groseras contra todas las religiones en general”. Al mismo tiempo, sigue diciendo Aubry, su obra es “un tejido de impiedades y de blasfemias contra la religión cristiana”. Lo que tampoco se tolera es cuando “habla con la mayor indecencia de los atributos de Dios”, y también de la “trinidad de las personas divinas y de los milagros”. Asimismo, se le impugna cuando habla mal del gobierno. En resumen, para Aubry, su testamento “es una de las declamaciones más groseras contra todos los dogmas de la religión cristiana”.

Por su parte, Voltaire afirma en la *Séptima carta sobre los franceses* que el propio Meslier es el fenómeno más singular que haya existido entre



estos meteoros funestos para la religión cristiana. Es un cura del pueblo, de ahí que su obra sea “una refutación ingenua y grosera de todos nuestros dogmas” sin excluir ninguno. Es de un “estilo muy repulsivo, tal como debía esperarse de un cura de pueblo”.

Los escritos de Meslier denuncian el mal de la religión y de la política hacia la humanidad. No sería un acierto, dice Voltaire, si se dejase de reflexionar sobre esta herencia contra los fundamentos religiosos, en donde pide que el pueblo deje de lado la religión, ya que ésta es saludable para el pueblo. Es un “temor necesario”, que puede ser el freno para prevenir los crímenes secretos. Voltaire acepta la religión, ya que le ve atributos curativos. Así pues, la creencia de las penas y de las recompensas tras la muerte es un freno que el pueblo necesita. Voltaire acepta la crítica a la religión mas no su destierro. La religión bien depurada sería al primer “lazo de la sociedad”. Lo que le molesta a Voltaire es el ateísmo de Meslier, por querer “aniquilar la religión”.

En la *Historia de la filosofía* de Guillermo Fraile, se le dedica una página a la obra de Meslier. Fraile señala que no sólo las ideas naturalistas, deístas y revolucionarias fueron producto de los filósofos, sino que también proliferaron entre los miembros del clero y llegaron a penetrar en los monasterios. “Abates como Galiani y Morellet frecuentaban asiduamente los salones parisienses. Algunos colaboraron en la Enciclopedia y muchos se contagiaron con las nuevas tendencias.”² Lo que sí reconoce Fraile de Meslier, es que es un antecesor de las blasfemias en contra de la religión en su momento histórico.

Fraile asegura que Meslier es un cura de escasa instrucción, sólo leyó a Montaigne, Moreri y la *Biblia*. Era un buen pastor y cumplidor de su deber. Después de su muerte se encontró su Testamento (¿auténtico?). La interrogación es de Fraile. Se trata de un escrito “rabiosamente blasfemo contra Dios y toda clase de religión. Fue publicado por Voltaire, después por Holbach y Naigeon y luego fue editado íntegramente en el año de 1864 por Charles Rudolph.

En su escrito aparece Meslier, según Fraile, como un “furibundo ateo y anticlerical”, y se le tacha de ser precursor del socialismo revolucionario. Dejemos que Fraile hable:

mezcla las blasfemias contra la religión con ampulosas declamaciones contra los ricos, los abogados, los sacerdotes y los frailes. Mas que como defensor de una religión natural, aparece como un perfecto ateo y nihilista.³

² Guillermo Fraile, *Historia de la filosofía*, tomo III, p. 958.

³ *Idem*.



Para confirmar lo que dice Fraile, recomienda leer el título de su Testamento “para que estemos convencidos de sus blasfemias”:

memoria de los pensamientos y sentimientos de Juan Meslier, sobre una parte de los abusos y errores de la conducta y del gobierno de los hombres, donde se ven demostraciones claras y evidentes de la vanidad y falsedad de todas las religiones del mundo, para ser dirigido a sus parroquianos después de su muerte y servirles de testimonio de verdad a ellos y todos sus semejantes.

Fraile resume la obra de Meslier con las siguientes palabras: “la culpa de todo la tienen los reyes y los sacerdotes”, y para mostrar la amargura, el desencanto por la vida y su modo de ver las cosas, Fraile trae a relación una cita de Meslier en donde se refleja lo anterior según él:

Después de todo esto no me preocupa nada que se piense, se juzgue, se diga y se haga en el mundo todo lo que se quiera. Me importa poco que los hombres se las arreglen y se gobiernen como quieran, que sean prudentes o locos, buenos o malos, que digan o hagan de mí todo lo que quieran después de mi muerte. Ya casi no tomo parte en lo que hace el mundo. Los muertos con los cuales estoy a punto de ir, ya no se preocupan de nada y no les importa nada. Acabaré, pues, esto con la nada; apenas soy ya más que nada; pronto no seré nada... etcétera.⁴

Crítica a la religión y al Estado político: Estado de naturaleza

La crítica de Meslier apunta hacia dos blancos importantes: la religión y el Estado político. Este autor considera que el hombre siempre ha estado ligado de alguna manera a la religión, es su parte esencial, es su estado natural. El fundamento de los males de la humanidad y, por lo tanto, convierte al ser humano en un desdichado. La religión es la fuente y el origen de todos los errores y de las supersticiones. Mientras el hombre no se libere del yugo religioso, no será realmente libre.

He aquí, amigos míos, la verdadera fuente y el verdadero origen de todos los males que perturban el bien de la sociedad humana y hacen a los hombres tan desdichados en la vida. He aquí la fuente y el origen de todos los errores, de todas las imposturas, de todas las supersticiones, de todas las falsas divinida-

⁴ *Idem.*

des y de todas las idolatrías que desgraciadamente se han extendido por toda la tierra. He aquí la fuente y el origen de todo lo que os proponen como más santo y más sagrado en todo lo que se os hace llamar piadosamente religión.⁵

La religión impone una ideología del sufrimiento. Toma como pretexto previniendo y preservando al hombre dándole la oportunidad de vivir en el más allá, coaccionándolo con las “penas imaginarias de un infierno” uno se somete a los designios religiosos. Tanto la vida eterna y el infierno son invenciones de la religión.

Meslier no pretende depurar la religión, sino propone su destierro, su aniquilación. Su crítica no da concesiones a la religión. Si bien ésta actúa tomando como tesis central la felicidad del hombre, pero nos damos cuenta que ha fallado, porque resulta ser el yugo del propio hombre, es su propio enemigo. Nuestro autor piensa que todas las religiones son invento humano. Lo único que muestra es amor por lo sobrenatural y divino. Así la religión es un “error, una mentira e ilusión”. Si el hombre es un ser racional, entonces por qué acepta tan gran irracionalidad; cree en el más allá en lo divino siendo un producto de la imaginación humana

...lo que acabo de deciros, indica Meslier, basta para haceros ver claramente que todas las religiones verdaderamente sólo son invenciones humanas, que todo lo que enseñan y obligan a creer como sobrenatural y divino no es más que un error, mentira, ilusión e impostura...⁶

¿Pero en qué reside el éxito de la religión? Se pregunta Meslier y él contesta: se debe a que los pueblos son “débiles e ignorantes y es por eso que no pueden descubrir las trampas” y “los artificios”. Tampoco el pueblo puede resistir “el poder de los grandes” y no le queda más que “doblegarse” ante el peso de la autoridad. La religión produce la decisión y la separación entre los humanos, aparecen una infinidad de religiones en donde cada religión se hace llamar verdadera y ataca a las otras. Ellas se fundamentan en el más allá y en los milagros. Feuerbach coincide con Meslier en la opinión de que se trata de cosas fundamentales de la sin razón y de la sensibilidad de los hombres.

Meslier piensa que son tres los errores de la religión cristiana: el primero consiste en aceptar la “perfección de la virtud” como un mayor bien y

⁵ Jean Meslier, *Crítica de la religión y del Estado*, p. 28.

⁶ *Ibidem*, p. 62.

ventaja del ser humano “en el amor y en la búsqueda de dolores y sufrimientos”. El segundo error de su moral consiste en censurar los vicios y los crímenes a una condena eterna. No sólo desdeña las acciones materiales sino también los pensamientos, deseos y los “afectos de la carne”. No obstante estos últimos, asegura Meslier, son los más naturales, necesarios y “convenientes para la conservación y multiplicación del género humano”. A través de la óptica cristiana son de una “condena absoluta” y los considera como vicios y como crímenes. El tercer error de la moral cristiana es que ama y busca el dolor y el sufrimiento. Tal parece que la perfección moral reside en “amar, ser miserable y desdichado”, todo lo anterior es un *in contra* de la naturaleza humana. En términos de Nietzsche, el cristianismo castra el instinto biológico del hombre.

Lo que también sorprende de Meslier es la marcada inclinación hacia una libertad sexual. La moral cristiana condena “todos los placeres del cuerpo”, así como también las acciones y las obras naturales de la carne, al igual prohíbe “todos los pensamientos voluntarios de gozar de él”. Meslier se lamenta de cómo Dios infinitamente bueno le censura a los jóvenes por haber “pasado unos momentos de placer juntos”, por el simple hecho de ser consecuentes con “esta dulce propensión de la naturaleza”; o sea, el acto sexual. Siendo esto lo más natural y más legítimo, es una inclinación natural a esta propensión. Lo que hace el cristianismo es condenar la naturaleza misma.

Tal inclinación natural la muestra como viciosa y como criminal en los hombres y en las mujeres, ella es tan natural, nos dice Meslier, y proviene del “fondo más íntimo de la naturaleza”. No se explica cómo un Dios infinitamente bueno querría condenar eternamente bajo el fuego del infierno por el puro placer sexual, que es algo natural no sólo en lo humanos sino también en los seres vivos, siendo el modo como se multiplican dichos seres y la manera de perpetuar su especie.

Meslier sentencia que dicha propensión viene de Dios y él la imprimió tan “fuertemente” en la naturaleza humana

y así es manifiestamente un error en la moral cristiana condenar, como ella hace, en los hombres, pensamientos, deseos e inclinaciones que les son tan naturales, que son tan legítimas y tan necesarias para la conservación y la multiplicación del género humano; es un error considerarlos como inclinaciones viciosas y como vicios dignos de punición y reprobación eterna.⁷

⁷ Jean Meslier, *op. cit.*, pp. 79-80.



La moral cristiana se caracteriza por enseñar a amar al enemigo, no vengarse de las injurias y no oponerse a los malos. Muy por el contrario, exige bendecir a los que nos maldicen, “hacer el bien a quienes nos hacen el mal, dejarnos despojar cuando se nos quiere coger lo que tenemos y sufrir siempre pacíficamente las injurias y los malos tratos que se nos hacen... etcétera”, opina Meslier. La moral cristiana es una moral opuesta a la naturaleza humana. Si es natural odiar el mal, también resulta natural odiar a los causantes de ese mal.

Las máximas de la moral cristiana son un atentado a los derechos naturales y producen el “derrocamiento de la justicia, oprimen a los pobres y a los débiles” y por supuesto son contrarias al “buen gobierno de los hombres”. Las máximas que propone Meslier son opuestas a las máximas cristianas, ya que es humano el derecho natural, la “justicia y la equidad natural”, conservar nuestra vida y nuestros bienes “contra la injusticia de los otros”.

El materialismo meslereano o ateísmo

Meslier sostiene que el hombre debe vivir en libertad y para esto propone el destierro de la religión y del Estado. El hombre puede vivir sin opresión cuando borre a la religión del accionar humano y se haga un Estado que imparta justicia social. La caracterización del ateísmo de Meslier es directa y sencilla. En primer lugar, sostiene que resulta más razonable atribuir la existencia necesaria o bien la existencia por sí misma a un ser “real y verdadero que se ve, que se ha visto siempre y que se encuentra siempre manifiestamente por doquier, que atribuirlo a un Ser que sólo es imaginario y que no se ve ni se encuentra en ninguna parte”. Este ser real y verdadero es para nuestro autor la materia.

Resulta más exacto a nuestra razón sostener que la existencia se debe por sí misma a “perfecciones que se ven y que siempre se han visto y no a perfecciones imaginarias que nunca se han visto y que no están en ningún lado, esto es una verdad clara y evidente”. Es decir, es más razonable sostener que “el mundo y que todas las cosas del mundo” son eternas. Ellas se han “formado así y dispuesto por sí mismas en el estado en el que están” y que la “materia ha existido de toda la eternidad”. Resulta mejor entender que la materia es por sí misma lo que es, que “concebir que Dios sea por sí mismo lo que es”. Meslier dice que



es evidente que reconociendo a la materia sólo como primera causa, como el ser eterno e independiente, se evitaría con ello muchas dificultades insuperables que se encuentran necesariamente en el sistema de la creación y con ello se explicaría bastante la formación de todas las cosas.⁸

Nuestro autor encuentra cuatro dificultades en el sistema de la creación comparándolo con el sistema de la formación natural del mundo. El primer sistema es producto de la imaginación inventiva del hombre. El segundo está hecho por la misma materia de que está compuesto. La primera dificultad que localiza en el primer sistema es el siguiente: el poder explicar cuál sería la esencia y la naturaleza de este Ser supremo que supuestamente ha creado a todos los demás seres.

La segunda dificultad consiste en el problema de tener razones verdaderas de atribuirle a este Ser la eternidad y a su vez la independencia con la materia misma, la cual se supone que es eterna, no tiene causa. Ante esto el sistema de creación del mundo reconoce un primer Ser sin causa. Por su parte, el sistema de creación natural reconoce una primer causa increada que es eterna e independiente de otra causa; a saber, la materia. En el sistema de la creación del mundo se precisa mostrar con “razones convincentes” que este primer Ser, según Meslier, es “necesariamente distinto de la materia”, y también hace ver que la “materia no es eterna ni ser por sí misma lo que es, cosa que los “deícolos” hasta la actualidad no han conseguido.

La tercera dificultad la podemos describir a través de nuestra propia razón, que como seres racionales que somos no podemos explicar cómo los seres humanos nunca aceptamos que no se puede crear ni producir ninguna cosa de la nada. Para Meslier es totalmente imposible, al igual que para Parménides, de que de la nada no se puede producir el ser, la existencia. Es más sencillo para nuestra razón concebir simplemente una “materia que fuera por sí misma lo que es”. Lo que sucede es que no se quiere entender que la materia es “efectivamente por sí misma lo que es”. Sin embargo, se recurre a un “ser desconocido y a un misterio incomprensible de creación” para hacerla existir. Se parte de “que es absolutamente necesario suponer no sólo un ser *increable* y eterno en el sistema de la misma creación, sino que además es preciso suponer que este ser pueda crear a otro, lo que es totalmente inconcebible e imposible...”⁹

La cuarta y última dificultad consiste para Meslier en el preguntarse por la localización de Ser: si fue el creador de todo lo que existe, entonces

⁸ *Ibidem*, p. 124.

⁹ *Idem*.

¿dónde se encuentra, dónde habita, dónde se retira? ¿Qué hace, después de haber creado todos los seres? Nuestro autor exclama:

¡No se le ve, no se le percibe, no se le conoce en ninguna parte! ¡Y si se pasara revista y se hiciera el recuento de todos los seres miles de veces, ciertamente no se le encontraría en ningún ser ni en ningún lugar! ¿Quién podría ser, pues, este Ser que no se encuentra en el rango de los seres, entre los seres, y que sin embargo habría dado el ser a todos los seres? ¿Dónde podría estar?

Nuestro autor piensa y con razón, que nadie tiene además ningún “conocimiento particular e inteligente de este Ser”. Sin embargo, esto no sucede con la materia, a ésta se le puede percibir, se encuentra en todos lados y está en todos los seres. Más adelante opina Meslier: ¿que inconveniente habría, pues, o qué repugnancia se encontraría en decir que ella sería por sí misma esta primera causa eterna e independiente y esta primera causa increada por la cual se discute con tanto ardor?

Para poder explicar de manera objetiva el movimiento de la materia, Meslier es consciente de que no es fácil entender cuál es la causa del movimiento y por lo mismo lo reconoce.

No puedo concebir el origen y el principio eficaz de este movimiento, lo reconozco; pero no veo, sin embargo, ninguna repugnancia, ninguna absurdidad, ni ningún inconveniente en atribuirlo a la propia materia, y no veo que pueda encontrarse ninguno, e incluso los mismos partidarios del sistema de la creación no podrían encontrar ninguno.¹⁰

Lo que sucede para Meslier es el hecho de que el ser humano ignora las leyes de la materia, es decir, la ignorancia que se pueda tener de la naturaleza de una cosa no prueba de ningún modo que esta cosa no exista. Sin embargo, la materia se mueve.

La materia tiene por sí misma su ser y movimiento y resulta necio buscar fuera de ella “el principio de su ser y de su movimiento”. Aunque no se prueba el “nexo necesario” entre una causa y su efecto, no significa que no exista “verdaderamente ninguno”. Meslier trae a colación los siguientes ejemplos. Señala que nosotros no percibimos ningún “nexo necesario tanto en la construcción natural de nuestro ojo y la vista o bien la visión de algún objeto”, es decir, no comprendemos cómo se produce la visión de un objeto. No obstante, “nos vemos a nosotros mismos con nuestros ojos”.

¹⁰ *Ibidem*, p. 127.



Lo mismo sucede entre “nuestra voluntad y el movimiento de nuestro brazo o de nuestra pierna”; no alcanzamos a ver el nexo necesario de ambas partes. Mejor dicho, no se conoce la “naturaleza ni la disposición de estos resortes ocultos “que hacen funcionar los brazos y las piernas.” Sin duda, ocurre lo mismo en relación al nexo que hay entre el movimiento y la alteración de las fibras de nuestro cerebro y nuestros pensamientos, opina Meslier. Nosotros no vemos que haya un nexo entre lo uno y lo otro, no como puede haberlo; sin embargo, no deja de haber alguno, puesto que nuestros pensamientos dependen de este movimiento, de esta alteración de las fibras de nuestro cerebro, y de los movimientos de los espíritus animales que se hallan en nuestro cerebro”. Meslier se siente incapaz de explicar los nexos necesarios del movimiento, pero esto se debe al desarrollo de la ciencia de su tiempo, no hay una explicación objetiva, pero lo que sí es importante señalar que nuestro autor le atribuye como causa del movimiento corporal al cerebro, a las terminaciones nerviosas, que en esa misma época se conocía como “espíritus animales”. El propio Descartes pensaba que los espíritus animales se encontraban en la sangre y que eran los causantes de las pasiones del alma.

Creemos que Meslier es más que audaz cuando trata de explicar que el centro de movimiento corporal de todo ser viviente está en las fibras nerviosas del cerebro, pero falta explicar el modo de cómo sucede. Harvey explicará de manera contundente la circulación de la sangre y demostrará que no existen los espíritus animales como los entendía Descartes.

El hombre no es una máquina o un autómatas, si no que es un ser manifestado en una unidad controlada por el cerebro y las fibras nerviosas. No es un ser dividido en alma y cuerpo, si no en su totalidad y cuyo centro es el cerebro.

Para Meslier sólo la materia puede “empujar” a la materia y además “ejercer fuerza y presión” sobre ella, y puede moverla; en consecuencia, lo que no es materia no puede mover materia. Así, un ser que no es materia tampoco puede mover la materia y así, si no puede hacerlo, menos habrá podido tener la fuerza o el poder de crearla,

de donde se deduce evidentemente —escribe Meslier— que la materia tiene por sí misma su ser y su movimiento (el ser y la materia son una misma cosa. El ser es lo más sustancial de todo, la manera de ser es lo formal de todo; todo consiste y todo se reduce al ser y a la manera de ser. Luego es cierto evidente que el ser, en general, no puede tener su existencia y su movimiento más que de sí mismo y por consiguiente no puede haber sido creada), y no puede haber sido creada, como tampoco ni el lugar, ni el espacio y la extensión.

En consecuencia, todas las producciones y los cambios dados en la naturaleza ocurren por el movimiento de la materia y a través de sus “configuraciones y las modificaciones de sus partes”, las cuales son causas “necesarias y fortuitas”. La materia posee por sí misma el principio de un movimiento, asegura nuestro autor.

Meslier hace referencia a Mallebrache y a todos los cartesianos que es

claro y evidente que la constitución del universo y la producción de todas las cosas de la naturaleza al igual que su orden y disposición, es producto de las únicas fuerzas de la naturaleza, de la fuerza automotriz de la naturaleza. Esta es una verdad clara y evidente, no es necesario dudar de ella o ponerla en tela de juicio. Todos los filósofos de déicola y cristícolas no tienen por qué sostener que todo se deba “expresamente” a Dios.

La crítica de nuestro autor apunta hacia los cartesianos, ya que éstos no quieren reconocer que la materia sea capaz de pensar, sentir, oír, desear, querer, amar y odiar. No aceptan que un pensamiento, una voluntad, un deseo, un amor, un odio, una alegría, una tristeza, o cualquier pasión del alma sean producto de las modificaciones de la materia. Ellos lo fundamentan, dice Meslier, porque no son cosas extensas como la materia, ni son cosas cuadradas o redondas; tampoco aceptan que pueden “dividirse, partirse, cortarse en piezas o trozos”. El odio y el amor provienen de la materia de nuestro de cuerpo.

Pero esta razón no impide que el pensamiento, la voluntad, el deseo, el amor, el odio, la alegría, la tristeza y todos los demás efectos o pasiones del alma puedan ser modificadas de la materia, luego de la razón espiritualidad, y son además tan ridículos al pretender demostrar la espiritualidad del alma como cuando pretenden demostrar la existencia de un Dios infinitamente perfecto mediante la idea que tienen de ella.

La maldad, el odio, el amor, el placer, provienen de la materia y para ser más preciso del cuerpo vivo. No hay por qué recurrir a un ser imaginario, a un ser “que no es nada”. Siguiendo a Meslier podemos decir: ¿qué pasa si quitamos nuestros ojos? ¿Qué vemos? Quitad nuestros oídos. ¿Qué oiremos? Quitad nuestras manos. ¿Qué tocamos? Al igual si quitamos nuestra cabeza y nuestro cerebro. ¿Qué pensamos? ¿Qué podemos conocer?: nada. Siendo así, ¿dónde estarían los sentimientos, los placeres, el odio y las alegrías? Finalmente, opina Meslier, ¿dónde estaremos nosotros mismos? Y él contesta: ciertamente en ninguna parte, al igual que careceríamos de pensamiento; no podremos ser alguna cosa.



Meslier concibe el cuerpo como una unidad de pensamiento y sensaciones. En términos actuales somos una inteligencia sensitiva. No existe una sustancia espiritual y una sustancia material por separado. Así pues, escribe Meslier, es claro y evidente que el alma no es sustancia espiritual, inteligente y sensible o sensitiva por sí misma, ya que no es una sustancia distinta de la materia ni de otra naturaleza que la materia, porque como acabo de decir, si ella fuera verdaderamente tal como nuestros cartesianos dicen, no podría dejar de conocer ni de sentir por sí misma que sería una sustancia espiritual. Se conocería a sí misma más de lo que conocería la materia, y ni siquiera es concebible cómo podría concebir la materia. Por lo tanto, para Meslier si el alma no puede auto-conocerse y diferenciarse de la materia, en qué está encerrada. Para él, esto es una prueba “cierta, clara y evidente de que no es tal como nuestros cartesianos dicen”.

Para concluir diremos que Meslier no hace ninguna distinción entre los seres vivos y la materia. Todos los animales son capaces de conocimiento y de sentimiento al igual que los humanos. Los seres vivos en su totalidad están formados de carne y hueso, sangre y venas, nervios y fibras. También constituidos por órganos de pensamiento y sentimiento, con un cerebro que es el órgano del pensamiento y conocimiento y todo esto se manifiesta mediante las acciones y maneras de actuar

Sociedad civil

La crítica mesleriana apunta por igual a la religión y al estado político. Ella comprende una unidad manifestada en dos instituciones; por un lado, la religión y, por el otro, el estado político. Los males de los pueblos y de los individuos tienen su punto de partida en ambas. No sólo los males que abruman al hombre provienen del “error de la vanidad de las supersticiones, “sino también se debe a las “leyes tiránicas de la tierra”, a la “detestable política de los hombres”.

Existe en los hombres que ostentan el poder, el deseo de dominar, apoyados con “cierta reputación de santidad y algunas veces de deseos de divinidad”, señala Meslier, utilizando la “fuerza y la violencia” con astucia y artificios. De esta manera seducen a los pueblos con el sólo propósito de obtener sus fines.

Los políticos abusan de la debilidad, de la credulidad y de la ignorancia de los hombres débiles y de los menos ilustrados. Les hacen creer “todo lo que han querido” y después les hacen aceptar su misión de buena manera o por la fuerza de todas las leyes, las cuales han sido impuestas con el



apoyo de artificios divinos y por personas “divinamente inspiradas” que son “enviadas particularmente por los dioses para dar a conocer sus voluntades a los hombres”.

Los sistemas de opresión política y religiosa se encuentran bien estructurados y fundamentados y es difícil combatirlos y quebrantar sus leyes generales de Estado o de una república. El temor hacia aceptar las leyes parte de personas “competentes e ilustradas”, aunque sean conscientes de sus errores y de su vanidad.

De manera que al no haber nadie que quiera ni que pueda, que se atreva a oponerse a la tiranía de los grandes de la tierra, no hay que sorprenderse si estos vicios reinan tan poderosa y universalmente en el mundo, y he aquí cómo los abusos, cómo los errores, cómo las supersticiones y cómo la tiranía se han establecido en el mundo.

El Estado político se fundamenta en el terror y en la opresión. En una institución que se impone a través del miedo. Los pobres pueblos, dice Meslier, trabajan y se agotan día y noche, “sudando sangre y agua para tener con qué vivir”. El trabajador trabaja sólo para proveer de manera abundante a los placeres y satisfacciones de “aquellos que los hacen tan desdichados en la vida”. El poder político es un estado de abuso, pues se hace temer a través de leyes de un “dios imaginario”, e impone su ideología, su modo de pensar para mantener a los hombres y a los pueblos subyugados y humillados. Al ser débiles e ignorantes, los pueblos son incapaces de descubrir por sí mismos el engaño. Tanto la religión como el Estado político son cómplices para regir los destinos del hombre

...la religión y la política se unen de concierto para mantenernos cautivos bajo sus tiránicas leyes. Seres miserables y desdichados, vosotros y vuestros descendientes mientras soportéis la dominación de los príncipes y reyes de la tierra, seréis miserables y desdichados mientras sigáis los errores de la religión y os sometáis a sus locas supersticiones.

Por su parte, el Estado hace leyes injustas llegando a ser un gran tirano al que sólo le interesa salvaguardar sus intereses políticos y religiosos sin importar el bien común. En un Estado que no se preocupa de los intereses de los explotados, de los débiles. El sostén del Estado está constituido por los trabajadores, por los que no tienen nada. Los gobernantes, los príncipes roban, arruinan, pisan y oprimen. Toman como pretexto querer gobernar y procurar el bien público. Los gobernantes han gobernado por largo tiempo; los hombres se han acostumbrado a tal grado, que no



piensan en recobrar su libertad: “Piensan que la esclavitud es una condición de su naturaleza”. Lo que hace el Estado es mantener esa esclavitud apoyado por la religión.

Persuadíros, pues, queridos pueblos, de que los errores y las supersticiones de vuestra religión, así como la tiranía de vuestros reyes y de todo lo que nos gobierna bajo su autoridad, son la causa funesta y detestable de todos vuestros males, de todas vuestras penas, de todas vuestras inquietudes, y de todas vuestras miserias. Sería dichoso si os librárais de estos dos detestables e insoportables yugos de las supersticiones y de la tiranía y si fuerais gobernados únicamente por buenos y sabios magistrados.

Tanto la religión como el Estado han sido un obstáculo para el desarrollo de la ciencia y la cultura. Sólo las únicas luces de la razón “logran llevar a los hombres a la sabiduría humana, así como a la perfección de las artes. Dicho desarrollo es capaz de llevarlo a las virtudes morales.

En efecto, no es la batería de las religiones la que perfecciona a los hombres en las ciencias y en las artes. No es ella lo que hace descubrir los secretos de la naturaleza ni la que inspira grandes proyectos a los hombres. Sino que el espíritu, la sabiduría, la probidad y la grandeza del alma, hacen que los hombres no tengan necesidad de las beaterías, ni de las supersticiones de la religión para perfeccionarse en las ciencias y en las buenas costumbres.

La verdad y el conocimiento de las verdades naturales no introduce a los hombres al mal ni hace a los pueblos “viciosos y malos”; por el contrario, es la ignorancia y la falta de una buena educación. Al igual que “la falta de buenas leyes y de un buen gobierno” hacen al pueblo ignorante y vicioso. Un pueblo instruido en las ciencias a través de la educación sería un buen pueblo.

La crítica de Meslier es sorprendente si la ubicamos en su tiempo, a finales del siglo XVII. Él destaca que la religión y el Estado son dos grandes males que obstaculizan el desarrollo natural del hombre. Impiden un buen desarrollo moral, político, cultural. Estas dos instituciones ejercen una fuerte coacción hacia las clases populares, las cuales son controladas por la religión y la política.

Estado popular: Socialismo

El discurso de Meslier persigue un sólo objetivo, que consiste en hacer consciente al pueblo y sobre todo a las clases populares explotadas de la enajenación religiosa y política del Estado. Ambos, con sus leyes y normas, mantienen al pueblo en un estado de ignorancia total.

Hace bastante tiempo —señala Meslier— que a los pobres pueblos se les engaña miserablemente con toda clase de idolatrías y supersticiones, hace bastante tiempo que los ricos y los grandes de la tierra roban y oprimen a los pobres pueblos; ya sería hora de liberarnos de esta miserable esclavitud en que se encuentran, ya será hora de desengañarlos de todo y hacerlos conocer por doquier la verdad de las cosas; la religión y el Estado comprometen recompensas de un paraíso imaginario.

Pretender proteger a los espíritus de los humanos de los castigos eternos de un infierno que no existe. Todo lo anterior para Meslier no es más que una fábula. Lo que debe hacer el hombre es olvidarse de esta fábula, no se puede esperar ningún mal o bien después de la muerte. Dejando en el olvido ese mundo fantástico, se puede vivir bien, gozar de la vivienda y de los bienes terrenales. La muerte significa poner fin a “la vida, a todo conocimiento y a todo sentimiento del bien y del mal”.

Por su parte, la religión cristiana enseña a amar a sus enemigos. Bendecir a los que maldicen y dejarse despojar de sus propiedades. En cambio, el Derecho natural del sano juicio de la justicia y la equidad natural enseñan a “conservar nuestra vida y nuestros bienes” contra aquella gente que quiere arrebatarnos injustamente.

La moral cristiana va contra lo natural, tiende a la opresión de los pobres y al derrocamiento de la justicia. Jean Meslier es propulsor de un socialismo donde las personas sean iguales en todos los sentidos: “todos los hombres son iguales por naturaleza, todos tienen igual derecho a vivir y andar sobre la tierra, trabajando útilmente unos a otros para tener las cosas necesarias o útiles para la vida”.

Meslier no olvida que el hombre es un ser social, que vive en una “comunidad” que debe estar bien regulada y mantenerse en orden. Para que suceda esto, afirma Meslier, debe existir “alguna dependencia, alguna subordinación de unos a otros”. Es decir, para ser la sociedad “justa y bien proporcionada”, debe llegar a un punto de equilibrio. No debe elevar demasiado a unos y rebajar demasiado a otros. Ni igual que los bienes, no deben de estar en unos cuantos.



El equilibrio social meslierano consiste en que la propiedad y los bienes no deben ser apropiados de modo particular; de lo que se trata es de poseerlos y gozarlos en común. Este disfrute social debe realizarse entre los individuos de un mismo lugar, de un mismo territorio, de una misma aldea y de un mismo pueblo o ciudad. Debe tener la misma o parecida alimentación, incluso, señala Meslier “bien vestidos por igual”. Gozar de un descanso bien reconfortado por igual, pero también todos tendrán por igual una tarea o un trabajo útil y honesto. Esta distribución del trabajo está en función de lo que sepa hacer el individuo:

...cada cual según su profesión o según lo que fuera más necesario o más conveniente hacer según el tiempo y las estaciones, según la necesidad que pueda tener de ciertas cosas, y todo esto bajo la guía de aquello que cuya razón fuera querer dominar imperiosa y tiránicamente a los demás, sino solamente bajo la guía y la dirección de aquellos que fueran los más competentes y los mejor intencionados para el progreso y para el mantenimiento del bien público.

El origen de la maldad humana se debe a la mala distribución de la riqueza. Al no tener lo necesario, el individuo se encuentra “coaccionado y obligado” a emplear medios indignos para poder subsistir. Lo anterior ocasiona fraudes, engaños, artificios, injusticias, robo, homicidios y, por tanto, una infinidad de males entre los hombres. Al poseer y gozar igualmente en común de la distribución de la riqueza, el individuo se ocuparía de un trabajo honesto y útil. Para que esto suceda, es preciso “repartir justamente entre sí los bienes de la tierra”.